

La sociedad liberal

Antxon Sarasqueta
Colpisa/LA RIOJA

Paradojas de la historia: mientras el Papa, Juan Pablo II, condenaba el dominio en Asturias de la sociedad neocapitalista en su país, Polonia, el primer jefe de Gobierno no comunista anunciaba el camino hacia la democracia y la libertad económica. En el orden de las "preocupaciones" sociales, también el presidente español, Felipe González, se manifestaba el pasado fin de semana en El Escorial: la sociedad española no puede seguir gastando por encima de sus posibilidades. Todo esto mueve al análisis de algo candente en los cambios que vive la sociedad actual.

En principio, suena razonable que el presidente español apunte los riesgos de una sociedad que gasta lo que no tiene ni produce. Pero, Felipe González, no habla de lo que gasta o dilapidada el Estado a través de sus administraciones y el sector público. Sin embargo, el gasto público y el déficit suponen el mayor lastre para el futuro económico español. Representa una elevada hipoteca para la economía del presente y las generaciones del futuro. Sabemos lo que quiere hacer el Gobierno para frenar el consumo (controlar más), pero ¿qué hace para reducir el gasto público?

Basta seguir la política fiscal del Gobierno para comprobar que se rige por un criterio recaudador. Sin embargo, administrar las cuentas del Estado, representa la aplicación de criterios políticos sobre prioridades y servicios. Una sociedad no se hace más o menos consumista por decreto, sino que obedece a una cultura y a una organización determinada de la propia sociedad. ¿Fomenta la televisión pública del Estado los valores culturales y educativos de una sociedad desarrollada? En todo el mundo avanzado, el teléfono es un servicio; aquí el monopolio del Estado lo ha convertido en un artículo de lujo, y su consumo representa un exceso. En las ciudades, el único ocio que encuentran los niños y jóvenes es a través del consumo de sus padres, no disponen de suficientes zonas abiertas y preparadas para su disfrute, ni las actividades artísticas y culturales les conceden esa preferencia que se encuentra en otros países europeos. En España, disponer de una buena

educación es un lujo muy caro. Precisamente, son los grandes desequilibrios los que marcan la diferencia entre la sociedad española y otras del entorno europeo. ¿O es que alguien en su sano juicio, puede creer que la economía española crece cuatro o cinco veces más que la alemana, porque los germanooccidentales viven en peores condiciones de vida?

Según los estudios más solventes, la sociedad española, a diferencia de los países avanzados de Europa Occidental, no siente todavía el palpitio del posmaterialismo. Para llegar al "pos" tienen que haberse cubierto unas etapas de desarrollo, no solamente económico, que todavía no se han dado en España a pesar de las agencias. Cada día hay una muestra, y una de las más sangrantes es el rebrote de la peste equina en Andalucía, por falta de cuidados sanitarios y de una política preventiva. Se gastan miles de millones en una televisión local y en mariscada de promoción en París, mientras carecen de vacunas para atender con garantías al sector caballar. Las consecuencias para toda la nación están a la vista.

En definitiva, no se trata de consumir más o menos, sino de impulsar una sociedad más racionalmente desarrollada, desde la libertad. En Asturias, el Papa ha condenado al comunismo y al neocapitalismo por igual. Tras referirse al fracaso de las sociedades del materialismo ateo "con su organización colectiva-burocrática del trabajo humano", Juan Pablo II ha dicho que la sociedad neocapitalista "no tiene ciertamente menores problemas" por su preocupación en los beneficios. Puede ser que las sociedades capitalistas tengan incluso más problemas, pero viven en libertad. La democracia sigue siendo el sistema menos imperfecto. El ejemplo que hoy vive el mundo con más fuerza es el polaco, que por primera vez ha elegido un primer ministro no comunista: "Polonia camina ahora hacia la plena democracia y hacia la libertad económica", ha dicho Tadeusz Mazowiecki. El sistema liberal no representa sólo el beneficio económico, sino los valores de la libertad.

Ni la política ni la fe pueden dejar de tener en cuenta que el desarrollo del hombre y su dignidad nacen de su libertad.



Emilio Romero

Los cinco grandes

● Cuando leo la injustificadamente escasa referencia de la conversación de Mitterrand y de Felipe González en El Escorial, viene a mi memoria una estupenda conferencia del ex-canciller alemán Helmut Schmidt, pronunciada hace poco tiempo en Barcelona. Esta era la primera vez que un político europeo decía las cosas como son y como están. Parece que lo de El Escorial ha sido la iniciación de unas conversaciones que está obligado a realizar quien ahora preside la Comisión Europea, que es el presidente de la República Francesa, con los presidentes europeos. Lo que ocurre, es que un diálogo entre socialistas es más fácil que los que tendrá que celebrar con quienes tienen otras ideas. Parece que puede ser más fácil el diálogo de Mitterrand con el alemán Kohl, demócrata; pero será más difícil el que haya de celebrar con la presidenta inglesa. El tema más sensible en las relaciones de Francia y de España es el del alojamiento de los etarras en el país vecino, y que ha sido uno de los factores principales para la conservación del terrorismo vasco. Los socialistas franceses fueron a remolque —en este asunto— de la derecha francesa, que fue quien inició los nuevos tiempos. Después de todo esto, tenemos largas cuentas resueltas y pendientes de todos los tiempos. Somos dos vecinos que nos hemos admirado y no nos hemos llevado demasiado bien. Pienso —para mis adentros— que Mitterrand es uno de los socialistas europeos de los que menos se fia Felipe González, aunque las cosas han cambiado un poco a mejor.

La iniciativa española

● En estos momentos la iniciativa española en su mandato fue la de la carta social, y en ella ha puesto el máximo interés Mitterrand; pero estos últimos días denunciaba —con su talento habitual— Jean Francois Revel que esta carta, en el desarrollo francés, apenas aporta nada de lo ya existente. Efectivamente es lo que aparece establecido en Europa, y especialmente después de la Segunda Guerra Mundial y dentro del moderno derecho social. Tal vez lo que se apetezca es una homogeneidad; pero no aparece ningún atrevimiento en este texto, que pudiera corresponder a las dos últimas presidencias socialistas, la de Felipe González y la de Mitterrand. Pero vayamos a Europa, porque este es un tema que ya va resultando "nacional", independientemente de que siga siendo "exterior". El objetivo de algunos políticos europeos, especialmente de los socialistas, es alejarnos de la dependencia y de la tutela norteamericana, porque eso significaría la independencia y la soberanía de una Europa unida. Lo que ocurre es que Occidente tiene dos mundos: el europeo y el americano, y si cambiaran cosas hacia la autonomía plena eu-

ropea, entonces tendríamos que fraguar las nuevas relaciones de colaboración con el otro continente. Pero éste es un proceso muy largo. Tenemos varias lenguas, varias monedas, intereses, todavía no coordinados por Bruselas, y por último, la repercusión de las historias de cada país, que tienen cientos de años. Evidentemente, no fue lo mismo unir a los Estados Unidos de América, como sería ensamblar a los Estados Unidos de Europa. Somos gentes muy diferentes y con unas tradiciones fuertemente asentadas. Ahora se trata de alcanzar, lo antes posible, una sola moneda y un banco central.

El liderazgo europeo

● Pero en la conferencia de Schmidt hay otra cuestión, como es la del liderazgo, que representa un gran problema. Este socialista alemán sostiene la tesis de que Francia podía asumir el liderazgo, tras la consolidación de unas relaciones dirigentes obligadas entre Francia y Alemania. Estos dos países tendrían que ser los del protagonismo. En los tiempos modernos o contemporáneos hubo una figura como fue la de De Gaulle que tenía esas características, porque lo de Adenauer fue más bien la gran leyenda histórica de la transición entre el militarismo alemán y una Europa políticamente solidaria. Lo que ocurre es que Inglaterra no se presta a este liderazgo francés. El ex-canciller alemán recuerda, graciosamente, que los ingleses ven más largo el camino por el mar desde su país a Francia, que a los Estados Unidos. Es verdad, que Churchill dijo una vez, que el futuro de Europa sería con el entendimiento de Francia y de Alemania. Esto parece probado que es una realidad; pero otra cosa sería lo del liderazgo. Los alemanes son fronterizos con el Este, y los ingleses no aceptan un liderazgo que no sea compartido. A España nos dejan en un segundo lugar, cuando la Geografía, la Historia, y la Cultura nos acompañan. Es verdad que se imponía el sistema democrático "a la europea" para nuestra incorporación y estuvimos aliados —aunque participando— durante treinta años. El retrato político de Europa es la democracia, y en la economía de mercado sale un sistema económico de colaboración, después estemos unidos en la defensa con la expectativa de que un día remita la tensión con el Este. Pero es verdad que los países superiores de la Tierra son Rusia, los Estados Unidos, China y Japón. Y entonces se hace necesaria la unidad europea, para de esta manera construir "los cinco grandes" de la Humanidad en el próximo siglo. La receta a todo esto es que España tenga una clase política brillante o de grandes expertos, y que empecemos a dar de baja a los emocionales, a los inexpertos, a los furibundos y a los clásicos.

El hormiguero Borrachera a bordo

Un avión de -Aeroflot- tuvo que hacer un aterrizaje de emergencia en Siberia a consecuencia de una pelea entre 176 reclutas borrachos de vodka que viajaban al extremo oriental de la Unión Soviética, para cumplir el servicio militar. Un miembro de la tripulación relató que la nave, un -Ilyushin 76-, volaba como si estuviera en medio de una turbulencia, debido a la multitudinaria pelea que se estaba desarrollando en los pasillos del avión.

La tripulación, según el diario oficial de la Liga Juvenil Comunista, vio rebasada su capacidad de reacción y no pudo controlar la pelea, por lo que pidió permiso para un aterrizaje de emergencia en la ciudad de Barnaul. Finalmente tuvo que ser la Policía quien mediara en el conflicto, deteniendo a los jóvenes que se incorporaban a filas. En los pasillos de la nave, todavía encontraron varias botellas de vodka sin abrir.

